

Como citar este artículo:

Morales, C. J. y Pineda, J. (2014). Vivir y morir en el decir: narraciones después de la guerra. *Revista Eleuthera*, 11, 127-134.

VIVIR Y MORIR EN EL DECIR: NARRACIONES DESPUÉS DE LA GUERRA*

LIVE AND DIE IN SAYING: NARRATIVES AFTER OF THE WAR

CLAUDIA JULIANA MORALES LONDOÑO**
JAIME PINEDA MUÑOZ***

Resumen

El presente artículo responde a un momento reflexivo en la investigación emprendida hace algunos años y que está orientada a comprender las maneras cómo se configuran las experiencias -después de la guerra- de tres jóvenes excombatientes en Colombia a partir de las narraciones que de sí mismos hacen. La metodología utilizada fue la construcción de narrativas a través de distintos encuentros y conversaciones con ellos. Actualmente, estamos en una fase de análisis e interpretación.

En este artículo pretendemos, entonces, ampliar el horizonte de reflexión en torno a las tensiones que los jóvenes excombatientes enfrentan al momento de aparecer en la esfera pública, re-incorporarse a las formas de vida civil, instalarse en hábitos no guerreros y suspender sus inscripciones en el tejido simbólico beligerante que dotaba de sentido y de lenguaje sus experiencias. Pretendemos el reconocimiento del difícil tránsito de la condición de *combatiente* a la de *ciudadano* situados en el ámbito del *decir*, del hecho narrativo que configura y hace posible una natalidad no beligerante, un segundo nacimiento afuera de las trincheras y adentro de la ciudad. Sin embargo, en una sociedad en la que todavía no estamos preparados para escuchar al otro y su pasado guerrero, nacer y aparecer en el ágora no basta si se tiene

* En este ejercicio escritural aparecen las construcciones metafóricas que brotan en la narración de tres jóvenes excombatientes tanto en sus historias de vida como en las etnografías vitales; sin embargo, nuestro interés en este artículo se centra en lo que en la investigación se ha denominado como un *vivir-morir en el decir*, el instante en el que un joven excombatiente se enfrenta a su condición desnuda en la esfera pública, su nacimiento como un otro no guerrero. En el trayecto de la investigación encontramos que para los jóvenes excombatientes que nos contaron sus historias, hay palabras que se tornan imposibles y experiencias que se tornan innombrables. De este doble acontecimiento, del pliegue que acontece entre lo imposible y lo innombrable, nos ocupamos en este artículo de reflexión, una manera de enunciar que en el decir (de lo imposible y de lo innombrable) se configura un signo propio de las narraciones después de la guerra.

** Trabajadora Social. Docente del Departamento de Desarrollo Humano y del Centro de Estudios sobre conflicto, violencia y convivencia social -CEDAT-, de la Universidad de Caldas. Estudiante de la Maestría en Educación y Desarrollo Humano, (CINDE-Universidad de Manizales). Entre los años 2006 y 2013 estuvo vinculada al programa "Hogar tutor" para la atención de niñas, niños y jóvenes desvinculados del conflicto armado, convenio ICBF-CEDAT. Su proceso de investigación está ligado a la experiencia vivida en este contexto. E-mail: cjuliana.morales@ucaldas.edu.co.

*** Licenciado en Filosofía y Letras. Magister en Filosofía. Candidato a Doctor en Ciencias Sociales Niñez y Juventud (CINDE-Universidad de Manizales). Docente del Departamento de Filosofía de la Universidad de Caldas; Docente-investigador de Post-gradados Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud. Tutor de la estudiante, en su proceso de construcción de tesis de maestría. E-mail: jaime.pineda@ucaldas.edu.co.

que callar. Finalmente, es este un esfuerzo por participar de las múltiples fisuras que se abren en el espacio y el tiempo después de la guerra. La fisura que nos inquieta está en el doble acontecimiento del *vivir y morir en el decir*.

Palabras clave: experiencias, guerra, identidad personal, jóvenes excombatientes, lenguajes, narración, natalidad.

Abstract

This article responds to a reflective moment in the research set forth some years ago which is oriented to understand the way experiences – after the war- of three young former combatants in Colombia from the narrations about themselves. The methodology used was the construction of narratives through different conversational encounters and conversations with them. Currently the research is in the analysis and interpretation phase.

This article intends to expand the reflection horizon on the tensions that young veterans face when they appear in the public sphere, re-join forms of civil life, settle in habits away from the war and suspend their enrollment in the symbolic belligerent weave which used to give meaning and language to their experiences. What is intended here is the recognition of the difficult transit from the *combatant status* to *citizen status*, located in the area of *saying*, of the narrative fact that configures and makes possible a non beligerant nativity, a second birth away from the trenches, inside the city. However, in a society where people are not prepared to listen to others and their warrior past, be born and appear in the agora is not enough if you have to keep quiet. Finally, this is an effort to participate in the multiple cracks open in space and time after the war. The disturbing crack is in the double event of *living and dying in saying*.

Key words: experiences, war, personal identity, young combatants, languages, narrative, birthrate.

I

Cuando la palabra se torna imposible

Transformar la experiencia en un hecho narrativo, convertir las vivencias en palabras, hacer de las huellas de una vida una gesta en el lenguaje; es este nuestro punto de partida y, al mismo tiempo, un momento más en el camino que hemos emprendido; un hallazgo preliminar en una aventura investigativa que transita por los signos de la narración después de la guerra.

De este primer indicio nos inquietan las posibilidades que tiene la experiencia en el *decir*, en el contar, en el comunicar. Nos preguntamos: *¿es toda experiencia susceptible de ser y aparecer en el lenguaje?*

Ludwig Wittgenstein (2008) afirmaba que el lenguaje es público, que es imposible pensar este en el ámbito de lo privado. Sin embargo, nosotros sentimos que existen algunas experiencias que al transformarse en lenguaje no pueden aparecer en la esfera pública, salvo que quién hable esté dispuesto a soportar una negación de sí, una marginación, una exclusión, una muerte social; porque quien escucha no siempre está dispuesto a reconocer que la vida del otro, su experiencia en el lenguaje, proviene, emerge o procede de la guerra.

Cuando se trata de una vida cuya trayectoria ha estado enmarcada en las dinámicas de la guerra, cuando la vida es la historia de un guerrero, cuando las experiencias son las de un combatiente y la esperanza es interpelada por la inminencia de la muerte, las palabras no bastan, los recuerdos no siempre se encuentran en el habla, el pasado no encuentra fluir en el hablar. En ocasiones, cuando la experiencia es guerrera, no es fácil encontrar un lenguaje para nombrarla.

Difícil búsqueda, extraña circunstancia: alguien intenta convertir su pasado guerrero en un recuerdo narrado para un presente excombatiente. Narrar y darse a otros es la condición para compartir la vida, para aparecer en la esfera pública, para inscribirse en la pluralidad humana. Era de esta inmersión de la que hablaba Hannah Arendt cuando se refería a la condición humana:

si la acción como comienzo corresponde al hecho de nacer, si es la realización de la condición humana de la natalidad, entonces el discurso corresponde al hecho de la distinción y es la realización de la condición humana de la pluralidad, es decir, de vivir como ser distinto y único entre iguales. (2005, p. 202)

No se es humano si no se está en la pluralidad y en esta se aparece, se *nace*, sumergido en una poética de la natalidad atravesada por las palabras. Pero aquel que aparece entre los hombres (*inter homines esse*) se tiene que mostrar en el acto narrativo de su propio pasado. Sin una narración de lo que se ha sido, no es posible comparecer ante el presente de lo que se es.

La historia es ante todo un hecho tejido con palabras; a la manera de García Márquez *hay que vivir para contarla*, ya que de la vida solo se tiene no un recuerdo de lo que se fue, sino una narración de lo que se ha sido. Toda biografía es una narración de sí mismo, no existe otra manera, otro modo, otro camino para afirmar la identidad personal, sino es en el ámbito de la identidad narrativa (Ricoeur, 2006). Esto significa que *yo soy* es, al tiempo, *yo narro*; *yo* me doy a otros en palabras *yo soy* un relato, soy el pasado que guardan mis palabras, soy en el presente un testimonio de palabras, soy en el porvenir la palabra que vendrá.

Reinventando una extraordinaria afirmación de Derrida (2005) (*cada vez única, la palabra como el fin del mundo*), nosotros afirmamos: *cada vez única la palabra*, como las huellas, como el tono de una voz, como las grañas de una vida. *Cada vez única* como el sujeto que las porta, que habita en ellas, que se da por ellas.

Lo terrible de no poder vivir entre palabras que se expresen en el ágora, que le permitan a alguien aparecer en la esfera pública, reside en la imposibilidad misma de ser. Si no es posible la palabra de sí, tampoco es posible ser. Si la identidad personal es identidad narrativa y la narración necesita, reclama y demanda de unas condiciones de posibilidad que cuando no se dan aparecen *sujetos sin identidad* no porque no sepan quiénes son, sino porque no pueden decirlo. Sujetos anónimos porque no hay quien los nombre; sujetos sin rostro porque no hay quien los mire, que existen como personajes beckettianos, *boca arriba en la oscuridad* esperando una voz, lejana, tenue, que diga “allí estoy, solo, boca arriba en la oscuridad” (Beckett, 1990, p. 18).

Si no es mi voz, no soy nada. *No soy*, significa: *no soy ante otro*. El sí mismo, la subjetividad, solo es posible en la correlación con el otro, en la intersubjetividad. Si los vínculos, los lazos, las coligaciones, las responsabilidades, las obligaciones, el estar ligado a otros no se da en el ámbito (en el medio) o en las mediaciones de las palabras tan solo queda la habitación vacía de la que hablaba Melville cuando sus personajes salían a buscarse en el interior de sí mismo. Saber algo de sí mismo solo es posible en el correlato de otros; toda existencia está condicionada por la alteridad y en esta, *yo soy otro*.

De las antiguas sentencias de los filósofos griegos (navegantes de un mediterráneo exuberante y pletórico), a las construcciones conceptuales de los filósofos materialistas del siglo XIX (vagabundos en un paisaje industrial, humeante y hambriento), se ha sostenido que el *ser* es social, es entre otros, está con otros, no vive aislado, no se da en una soledad absoluta.

Del ágora al taller, el *ser* siempre se traduce como un *ser-con-otros*. Este vínculo lo garantizan las palabras como lo pensaba Jorge Luis Borges (2005) porque “las palabras son los símbolos de recuerdos compartidos” que nos coligan con los otros.

¿Puede la palabra dar cuenta de lo que pasó, de lo que fue, incluso de lo que no fue o lo que dejó de ser? Nos preguntamos si es posible narrar las experiencias atravesadas por la guerra; incluso para hablar de aquello que dejamos de ser, de lo que ya no somos, de lo que ya no será, de lo que alguna vez fue la única experiencia de *ser*, de lo único que garantizó la identidad.

Pero hay excepciones en el decir, hay voces, hay palabras, existen testimonios que encontraron la identidad personal, la consolidación de la subjetividad, el rostro, el oído atento, la mirada

detenida y fija cuando de sus labios la guerra alcanzó el difícil, pero no imposible, registro de palabras. Hubo un tiempo para alguien (un joven excombatiente) en el que gracias a la guerra fue posible *ser*.

Ya sin armas, un excombatiente conquista su *ser* ante otros a partir de la enunciación de los hechos y recuerdos de la guerra. Para un joven excombatiente la historia del conflicto le ha dado la posibilidad de aparecer, de gestionarse, de nombrarse, de tener reconocimiento.

Situados en los días finales de los campos de batalla, en el ocaso y en la aurora que adviene al final de los días guerreros, nosotros nos preguntamos si estos pasados combatientes pueden narrarse y contarse a otros. Nos preguntamos si la experiencia de la guerra, única experiencia disponible en algunas historias de vida, puede aparecer entre palabras, puede ser testimonio del ser y evidencia de lo que se *es*. Un joven excombatiente es la excepción a una triste regla: por lo general, los excombatientes callan su pasado para poder sobrevivir en el espacio público. Ocultos en el silencio de sus recuerdos inenarrables, lo común es vivir en el callar y morir en el decir. La confusión prima. En el fondo de la condición humana, siempre está la imposibilidad de recoger aquello que hay que callar, ocultar y olvidar.

En el limbo de la experiencia de la guerra, se *es* alguien y, al mismo tiempo, nadie. Entre los recuerdos de la identidad aparecen los horrores de la barbarie y la guerra se convierte en un límite, *¿dónde estoy? ¿Quién soy?* Se pregunta este joven excombatiente.

Podemos vivir desde el temor, desde la necesidad de contar, de narrar, de tener múltiples versiones del sí mismo, para poder vivir en el presente. Sin embargo, el vínculo con un yo fisurado y mutilado por la guerra tan solo es posible reconocerlo si se convierte en experiencia narrativa. Aquí, vuelve aparecer nuestra pregunta *¿es posible presentarse ante otros, ser reconocido como alguien cuando del pasado no quedan sino las palabras, las narraciones, los cuentos de la guerra?*

Miramos en la proximidad de una historia de vida y una etnografía del recuerdo la posibilidad de nombrarse junto a otros en la esfera pública. Alguien nos dice: *“Yo soy un excombatiente”*, *¿cómo ha sido recibido por los otros?* Un joven excombatiente nos permite considerar la paradoja del *decir* excombatiente; en él, la palabra es la única posibilidad de vivir y de aparecer ante los otros. Lo que nos narró, terminó por arrojarnos a la tensión de todo excombatiente: si la palabra se torna imposible, la vida después de la guerra también se torna imposible. De esta imposibilidad nació una reflexión en torno a lo inenarrable, esa experiencia excombatiente que parece condenada a afirmar la vida como guerra, incluso cuando no se habita entre trincheras, ni se viste un uniforme.

II

La experiencia se torna innombrable

La experiencia de la guerra ha terminado para muchos jóvenes combatientes. La militancia, la cadena de mando, las órdenes, los alistamientos para la batalla, las largas noches en la manigua, el tiempo de una vida amenazada por la inminencia de la muerte, empiezan a ser cosas del pasado. El uniforme y el fusil se han abandonado en los batallones. Sin el tejido inconsútil de un camuflado y sin el útil de la guerra, el cuerpo queda desnudo; desprovisto de sus significados originarios es necesario reasignar sentidos, hacerse a nuevos revestimientos.

Un ritual para un excombatiente es el revestimiento literal y metafórico de su cuerpo. Aparecer en el orden de la legalidad, en el espacio de la civilidad, en la arquitectura del derecho, en los intersticios del contrato social, pasa por exhibir el cuerpo en ropa de civil. En la sociedad civil el cuerpo viste de civil. Pocos meses atrás se trataba a la *población civil* como un afuera, se hablaba de ellos. La identidad estaba anclada en el territorio de los alzados en armas. Los civiles son los otros, *nosotros* somos los guerreros, ¿ahora quiénes somos? En un límite difuso el cuerpo se viste de civil, pero los hábitos siguen estando atravesados por la *héxis* del guerrero.

En el mismo escenario, en caminos riales y senderos de bosque, en las riberas o las cimas de la cordillera, civiles y combatientes se cruzan y se reconocen por la mirada. La impresión que uno y otro dejan de sí mismos es la expresión de sus cuerpos, de sus vestidos, de sus instrumentos. Uniformes y armas hacen la diferencia. La entonación y la declinación de sus hábitos lingüísticos son comunes, los rostros también pasan desapercibidos, pero aquello con lo cual se posicionan en el mundo los hace radicalmente distintos.

Las armas no son azadones, labrar la tierra no es lo mismo que emboscar, minar, atrincherarse. Un combatiente es ante todo un cuerpo dispuesto para la guerra. La desnudez se reviste para ocultarse y mimetizarse en la selva; en el mundo de civil, por el contrario, el cuerpo se viste para aparecer, exhibirse, mostrarse en el ágora.

Paradójicamente, para los jóvenes excombatientes, esta lógica se ha invertido. Ahora, también es necesario mimetizarse en el mundo civil. Lejos de las montañas y de las trincheras, distantes de los campos de batalla y los campamentos de una tregua, los jóvenes excombatientes, en las calles, plazas, periferias o centros de una ciudad, también se mimetizan. Guardan sus recuerdos, los arrastran en silencio.

Los animales públicos que devienen en la urbe, quizás, no están listos para la aparición pública y desarmada de un excombatiente. El lugar es radicalmente otro. Atrás quedaron los árboles, los ríos, las laderas, el pliegue entre el mundo campesino y una naturaleza que se convertía en hogar, en refugio, incluso en trinchera. Ahora, delante de sus pies y de sus ojos, el cemento

que lo cubre todo, esa otra piel edificada sobre la naturaleza, también deviene trinchera. Nada ha cambiado, salvo el trino de las aves desplazado por el ruido de la ciudad. Advertimos una difícil inscripción del cuerpo excombatiente en la polis. Pero lo peor sucede cuando esta mimetización es también un acallamiento, un silenciamiento.

En el instante en que alguien se deshace de su condición guerrera, el Estado asoma para acoger al excombatiente, llevarlo hacia la vida civil, conducirlo hacia una nueva realidad, instalarlo en una espacialidad otra.

Un conjunto de dispositivos se encargan de reinscribir la desnudez absoluta del joven que ha perdido su mundo de referencias simbólicas e identitarias, para entretejerlo en una nueva textura de códigos, signos, palabras, incluso de gestos, movimientos y tonos. Se trata de dispositivos para rehacer el cuerpo, para reinventar lo que este puede. Y como si se tratara de un retorno al Leviatán, el cuerpo desnudo, frágil y desértico, teme al poder del Estado, se somete, ha perdido la batalla, no es un prisionero de guerra, la ha dejado, decide re-incorporarse, hacerse incorpóreo, re-aparecer. El afuera está esperando. Sin embargo, en estos dispositivos todo pasa bajo la figura de un atroz olvido.

No basta con otorgar por primera vez o restablecer de nuevo las titularidades jurídicas si se deja intacta la *héxis*, el carácter del guerrero: la investidura se pierde, los hábitos no. Al guerrero no solo lo constituye y lo funda el instrumento de la guerra (las armas, el uniforme, la disciplina), al guerrero lo configuran sus hábitos. Parafraseando a Cicerón, “*O, tempora o mores*” (Oh tiempos, oh costumbres), nosotros decimos, ¡Oh guerreros, oh costumbres!

El dispositivo del Leviatán organiza la transición, orienta el paso, guía la metamorfosis del cuerpo excombatiente. Después de dejar las armas se dispone de un hogar para acoger por un tiempo la frágil humanidad desprovista de beligerancia. El **Hogar Tutor** recrea el simulacro familiar después de la guerra. En el refugio del *oikos* el restablecimiento y la reincorporación inician el juego de las inscripciones; el excombatiente se enfrenta a los hábitos de la vida privada. A diferencia del campo de batalla donde la ‘familia’, lo ‘privado’ y lo ‘íntimo’ se realizan en un único escenario, en este simulacro todo parece ordenarse de nuevo. Se traslada el mando de la unidad guerrera a la unidad familiar-institucional. Los límites espaciales regresan a la vida cotidiana. El hogar es el adentro, el ágora es el afuera. Ahora de civil y en el ágora, el temor aumenta, la amenaza es el estigma, el silencio es la defensa, hablar, en ocasiones, es la muerte.

Pero ¿qué pasa cuando los hogares tutores llegan a su fin? ¿Qué pasa cuando la vida de un excombatiente se queda sin ‘tutor’? El simulacro de la protección llega a su final. Alguien oculto en una oficina pública decide que un excombatiente ya está preparado para emprender una vida sin el amparo del Leviatán. La mayoría de edad (no kantiana) define el instante en que se cruza el umbral. La trayectoria se torna diáfana: de la Guerra al Hogar, del Hogar al Ágora, y después ¿qué?

De repente un ciudadano excombatiente camina por la ciudad, sin rostro, sin palabra, sin recuerdos, sin nada... De repente un ciudadano excombatiente siente que la guerra no termina allí donde la palabra se torna posible y que la experiencia seguirá siendo lo innombrable, como él, como su pasado, como su posibilidad de volver a Ser... De repente aparecemos nosotros con el afán de comprender cómo habitan en él las palabras, como nacen en él las narraciones, cómo se reinventa el sí mismo en el lenguaje y no en las armas... De repente nosotros quedamos estupefactos por lo que nos cuentan y decidimos escribir, contar tan solo lo que parece un signo ineludible después de la guerra: al mismo tiempo, se vive y se muere en el decir.

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Beckett, S. (1990). *Compañía*. Barcelona, España: Anagrama.
- Borges, J.L. (2005). *Arte poética*. Barcelona, España: Crítica.
- Derrida, J. (2005). *Cada vez única, el fin del mundo*. Valencia, España: Pretextos.
- Kertész, I. (1999). *Un instante de silencio en el paredón*. Barcelona, España: Herder.
- Ricoeur, P. (2006). *El sí mismo como otro*. Madrid, España: Siglo XXI editores.
- Wittgenstein, L. (2008). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona, España: Crítica.